

Dedico este libro a Dios y a las personas que me han apoyado en mi trayectoria de vida o en el proceso de creación de la obra, cómo lo son:

Mis padres, Elizabeth Maturana Ordoñez y
Gabriel Banquez Contreras.

Mis hermanos, Elizabeth, Carlos Andrés, Sergio,
Javier Enrique, Miguel y Juan Gabriel.

Mi amiga, Natasha neriette Martínez Pomare.

¡Gracias por su apoyo!

Vida: realidad poco perfecta.

Ana Gabriela Banquez Maturana

Recuerdo que estaba acostado en mi cama escuchando un poco de trap de Anne poet, con los audífonos a todo volumen, cuando mi madre abrió la puerta de la habitación acelerada, con la frente empapada de sudor, y del susto me hizo levantar.

Quizás, le había tocado venirse otra vez caminando del trabajo; pensé.

La seguí observando fijamente al rostro y tenía los ojos un poco hinchados y con un tono rojizo llamativo como si hubiese llorado. Por un momento me quise preocupar, pero tuve la impresión de que no eran lágrimas de dolor; algo extraño de explicar.

Me abrazó fuertemente y me arrebató los auriculares sin decir una palabra. Yo le correspondía a su acto de afecto, cuando la escuché decir: "nuestra situación por fin cambiará". Anonadado, no sabía qué decir o hacer, simplemente se me ocurrió una obvia pregunta. ¿A qué te refieres con qué cambiará nuestra situación? Me hizo sentar en la cama y me contó de su ascenso, lo cual me hizo feliz, porque ya no me tocaría comer tanta comida enlatada y tendríamos para pagarle a la señora Lornes los 4 meses de arriendo del cuchitril en que vivimos para que no nos vote a la calle.

A pocos minutos me enteré de que su nuevo trabajo le exigía mudarse a un lugar más costoso en el centro de la ciudad.

Me regreso un poco para aclararles dónde estoy viviendo y quién soy. Me llamo Pedro y junto a mi madre Marley vivimos en la cuchilla del sala'o, un barrio marginal de fuvel, donde él solo nombre da pie para describir la suerte de los desafortunados que habitan estos lares.

Tanto así, que un día cualquiera vi desde mi ventana por la triste calle vagar, vestido de harapos a un infeliz sin fortuna, mientras personas extrañas pasaban por su lado sin determinarle. Esta se había vuelto su prisión, al igual que su hogar.

Su vida se iba apagando entre sombras y flaquezas, sintiendo esa hambre que retuerce las vísceras, al tiempo en que lo perseguía la temible y terrorífica soledad del abandono. Su cuerpo se estremecía del frío que le cubre en las noches, sin abrigo ni alimento, condenado por siempre a padecer. En medio de sus agonías pedía ayuda a la gente que se dignaban a mirarlo con desprecio y repugnancia, al ver aquella mala apariencia, y sentir su desagradable olor.